

LA CONCEPCIÓN

El bachiller don Francisco Pardo hizo voto de fundar un monasterio de la Inmaculada, pero, olvidadizo, lo dejó pasar. Una vez, atravesando un río, se lo llevó la corriente y vio que la Virgen descendía y le daba la punta de su manto azul para salvarlo. Con esto renovó su voto y fundó el convento. Esto pasaba en 1592.

En 1617 se dedicó la iglesia. Nos cuenta Veytia que “en el Coro está dedicado un retablo dorado, con mucho aseo y curiosidad a la famosa y celebrada imagen de Nuestra Señora con el título del Carmen, a la que llaman la Incorporada . . .” Y es que una de las fundadoras quiso convertir una escultura de la Virgen en una Santa Gertrudis, pero la Virgen se sintió ofendida y no lo permitió, y apareciéndose en la celda, vestida de carmelita, “se incorporó con la imagen”. ¡*Oh sancta simplicitas!*

Este Coro es un paraíso monjil. Ninguno tan amplio, tan majestuoso y rico como éste en su interior. Se compone de dos bóvedas, pero de ostensible mayor tamaño que las de la iglesia, que son tres, por lo cual casi iguala a la nave.

Las rejas del Coro bajo están en su lugar, por fortuna. Se forman de círculos iguales unidos por los cuatro puntos tangenciales. Permanece la puerta de la crática, con una lámina de un Cordero místico y adornos de calamina.

Entre esta crática y la reja existe (como lo hubo en la Santísima) algo peculiar de Puebla: un torno, un pequeño y precioso torno, con sus curvas paredes cubiertas de azulejos, que aún gira sus hojas de madera como en el siglo xvii, aun cuando ahora sea visible sólo por el interior. Los tornos eran para recados, cartas, regalos y compra de ciertos objetos o entrega de ellos, y había una madre exclusivamente dedicada a ellos, pero éste, en un Coro bajo, sólo se concibe para asuntos espirituales; tal vez peticiones de rezos para almas atribuladas en ésta o en la otra vida.

El Coro alto no lleva la usual reja corrida de muro a muro, sino que se divide en tres tramos por medio de columnas en donde se apoyan los arcos de los tramos, que son de tres centros. Es ésta una novedad y una singularidad que sólo se repitió —y fal-

samente— en San Jerónimo. El abanico, *ad usum poblanum*, es de pintura, horrible pintura, por cierto, indigna de este gran Coro. Parece colocada allí en uno de los momentos más abominables del abominable siglo XIX.

Mas el interior del Coro es lo sorprendente. Se conservan, en el alto, sus hermosos retablos dorados, como los que estuvieron en la iglesia. “Está toda adornada de retablos dorados a la moderna —dice Veytia— en buena simetría y hasta los claros de las pilastras.” En este Coro alto no hubo nichos ni sillerías, por lo menos desde el siglo XVIII.

Es toda una grandiosa capilla dorada, con sus retablos churriguerescos en los que las pilastras estípites toman muy variadas y peculiares formas, desde cubrirse íntegramente de relicarios y espejos hasta formar en su parte media, en el lugar del típico cubo con medallones, verdaderas capillitas abiertas, con sus cuatro pilastras en las esquinas, su techo abovedado y su triple cornisa ondulatoria. México, verdadera patria del estípite, le dio todas las formas imaginables, con su propia personalidad en cada región. Y aquí, en Puebla, donde con tanto furor fueron destruidos los retablos por el academismo, resulta este Coro doblemente excepcional. Es una lástima que esté oculto y desconocido. Creo que sería un acto de justicia dar a conocer esta obra de arte de las madres concepcionistas del siglo XVIII comunicándolo con la iglesia por una escalera o rampa a partir de la cráticula, convirtiéndolo en una capilla con un culto para ciertas ceremonias. Con ello no se daña el Coro bajo, que permanece íntegro (y sería limpiado y arreglado) y el público podría admirar esta joya de arte poblano.

Por último un curioso cuadro nos detiene: es la Virgen, quien, con su manto azul, protege a sus hijas de Puebla; en el rincón derecho dice: “A devoción de don José Ruiz Aranís nuestro cobrador”, y lo firma Juan de Villalobos. En el rincón izquierdo está el cobrador, un simpático anciano que quiso perpetuarse en la única forma posible: como donante.